



CUENTOS DE LA REBOTICA

POR V. COBREROS URANGA

¿Quién que peine canas no recuerda la reata de mulas de los carboneros de Oyarzun, deambulando pausadamente por las calles renterianas, de un portal a otro, y anunciando su presencia con el, entre guerrero y cinegético, trompetazo de su prolongado toque de corneta? Rompía éste, de pronto, el silencio de cristal de la encalmada tarde, cruzada por el giróvago volar de los vencejos, despertando el ambiente de su apoltronada modorra. Aquello bastaba para cambiar la cara de la plaza, que aún ni se llamaba de los Fueros.

La visita de los morenos oyarzuarras tenía dos atractivos en mi casa: uno, la querencia del viejo carbonero hacia su hija Prantxiska, que estaba sirviendo con nosotros, y aprovechaba la oportunidad para traerle noticias de los suyos; otro, la charla con el viejo, mientras fumaba un pitillo en el quicio de la puerta de la rebotica, que mi padre le solía dar. El bueno del carbonero, indefectiblemente, sacaba a cuento sus andanzas con el cura Santa Cruz, en cuya guerrilla había militado. Yo oía con la boca abierta aquellas historias, que, de paso, hacían brillar de entusiasmo los ojos de Eshekiel, el *ariñ* y atlético acompañante del viejo carbonero, risueño y sonrosado *mutill*, a pesar de su negro disfraz de Oléntzero.

Eshekiel fue protagonista de una pequeña jugarreta «paquetaril», que a mí me hizo mucha gracia, y de la que quiero hablar hoy.

* * *

La tertulia de la rebotica padecía por aquellos días la endemia de un morbo extraño, tanto más enconada cuanto que, en rigor de verdad, los habituales a la misma eran del todo alérgicos a ese mal. Ocurrió que se había declarado en la provincia una serie en cadena de casos graves de triquinosis, y el gobernador había prohibido, a raja tabla, la venta de carne porcina. Por cierta fatalidad, que los moros llaman *mektub*, a don José, que había estado en tierras argentinas, le dio por añorar, con machacona insistencia, los «asados con cueros» pamperos, creando así un clima de irrefrenable capricho gastronómico. El antojo de los contertulios se fijó en la imposible

imagen corruscante de un «chanchito» bien dorado, que les hacía agua en la boca.

Comentando, una vez más, la torturante idea de hincar el diente en semejante sueño estaban los tertulianos un atardecer en que asomaron los carboneros por la rebotica sus jetas de reyes moros. Los oyarzuarras escucharon al desgaire, puesto que no iba con ellos, las lamentaciones de los contertulios. Sin embargo, Eshekiel, «paquetero» en horas de ocio, no pudo reprimir su juvenil impulso, y con balbuceante palabra—debido más al respeto que a la timidez—y gesto rotundo, aseguró que él se comprometía a traer a los reunidos un *txeritxo* sano.

—¡A que no!—exclamó uno, para animarlo.

—¿Ves este luis?—dijo otro, sacando del bolsillo del chaleco la áurea moneda, aún en curso al otro lado de la frontera—Para ti si es verdad lo que dices.

El joven rey moro sonrió, enseñando una hilera de blancos dientes.

Al cabo de un rato, idos los oyarzuarras, los hipotéticos pros y contras de poder comer un «chanchito» asado subieron y bajaron como las cotizaciones en bolsa, un día de encrespado agio.

Y en la rebotica se hicieron cábalas durante unos días. Mientras...

Una radiante mañana de tibio sol primaveral, Eshekiel, con su mujer y Katalintxo, la hermanita de ésta, hechos unos brazos de mar, con sus flamantes trajes domingueros y más alegres que unas pascuas, pasaban en lancha la frontera, por Santiago. Ya en la carretera de la otra orilla, enderezaron sus pasos a Etche-uridin, un caserío en la mitad del camino entre Biriatoú y Hendaya. Antes que el gozquecillo encadenado en su *kashota*—en la que se leía un terrorífico *chien dangereux*—anunciara la visita de los oyarzuarras, estaban esperándolos a la puerta el orondo dueño de la casa y su peripuesta consorte.

—¡Kasho, Pillip!

—¡Kasho, Eshekiel!

Las mujeres se *mushuquearon*, y momentos después trataban, en mesa redonda y ante unos vasos de vino de Burdeos, el motivo de la presencia de los amigos oyarzuarras en Etcheurdin.

El *affaire* no presentó la menor dificultad, y entre risas y bromas dejaron para después de comer el asunto «paqueteril».

La cosa fue cómica por demás. Compraron el cerdito a una vecina, lo fajaron y vistieron con el traje de cristianar del pequeño de los de Etcheurdin—que dormía en la cunita—, sin que se olvidaran de ponerle la calotita de encajes y todo. Previamente, y utilizando el biberón del peque, lograron que se echara el *txerriki* al colete tres cuartos de litro de una botella de vino. Al poco rato, dormía el rorro como un bendito; dormido y todo, aún se relamía el hocico de rato en rato, sin duda, soñando.

Luego de la abracadabrante faena, como la tardecida se echara encima, apresuraron la marcha los de Oyarzun, con el cerdito en brazos de su «mamá», despidiéndose de «Monsieur et Madame Phillip» entre mil risas, bromas y bendiciones.

Regresaron en tren. En la estación de Irún, el carabinero de turno invitó a la mujer de Eshekiel a que pasara a la matrona para el consabido registro.

—Kataliñ: toma tú *aurratxua e ishilik, ishilik egon*, pa no despertar—le dijo a su hermana, en voz alta, para que oyera el carabinero, endosándole la «criatura».

La peque cogió en brazos al rorro y se puso a zarandearlo, dando pasitos cortos hacia adelante y hacia atrás, al tiempo que le tarareaba una cancioncilla... porque la «criatura» había emitido un alarmante gruñidito, prólogo, tal vez, de a saber qué alboroto.

Eshekiel, filósofo, se había ido por la otra punta del andén a fumar un pitillo, como el descastado Pello Joshepe de la canción. No perdió, sin embargo, de vista a su cuñadita, ni ésta la serenidad al darse cuenta de que el carabinero se le acercaba.

—¿E zuya la criatura?

—De mi hermana ser.

—¿Chico o chica?

—*Neska, potxola-potxola*.

—¡Ozú! ¡Y quié oz entiende a vozotro!

Katalintxo seguía danzando el paso de la nana, meciendo con brío a su «sobrinita».

—¡Vaya chica guapa que zoi la vazca!

—¡Y tú más *itxusi* que Galtza-gorri!—replicó Kataliñ, sin poder contener la risa.

Y de pronto:

—*Isho!*: despertar vas a haser a mi *ainguerutxo!*

En esto, salió de la matrona la mujer de Eshekiel, con aire de emperatriz *aroshka*, contoneándose jacarandosa, como si pasara revista al cuerpo entero de aduanas. Y comentó:

—*Jo! Zer ustedute begi oker abek?*

Subieron al tren los tres, haciendo pamemas acerca del *ainguerutxo*. Y no pasó nada.

* * *

Era raro que los clientes entraran en la farmacia por la puerta de la rebotica; alguna *cashera* despistada, los días de mercado, quizá. En ella, en la rebotica, estaban los habituales de la tertulia, cuando una joven aldeana, con un crío de pañales en brazos, franqueó la puerta:

—*¡Ai María Purísima!*

—Sin pecado concebida. ¿Qué desea?

—*Paper bat, txitxariantzako...*

Y la mujer de Eshekiel, con desbordante guasa, que ofrece a don José la «criatura». Hay un momento de estupor, por el gesto desenfadado e incomprensible de la mamá, hasta que—cosa de un instante—se fijan en la catadura del rorro y comprenden la treta. La carcajada de los tertulianos fue olímpica. No pararon hasta despertar, con sus desaforadas risas, al «chanchito» feliz.

